

VIII

Norina era bonita y putita

Cansado de la Nena Talavera, de su sandez y de sus celos, Marino resolvió consolarse poniéndole los cuernos a Celmiro cuya esposa Norina no sólo era bonita sino también putita.

Desnudos ella y él sobre el lecho, tras el afán erótico, descansaban. La Nori dormía tranquilamente definitivamente rendida. Menos mal, pues Marino, que había engordado mucho, ya no estaba tan ágil como para insistir en sofoquines de esa índole, sin olvidar que, por supuesto, después de los festejos de esta noche, mi esposa reclamará su parte.

¿Qué horas serían? Tenía que apresurarse para alcanzar la lancha. La Nena le tendría todo listo: chaqué, corbata, cuello, cubilete y bastón. En la isla las muchachas admirarían su estilo y su elegancia cuando subiera a la tribuna a pronunciar su discurso en elogio de Pizarro. Se sentía satisfecho junto a la Nori, lejos de la oficina, de los aduladores y de los pedigüieños. No había nada tan grato como huir en su **roadster** hasta esconderse en su pisito privado, que era insuperable **garconniere**. Podía entrar en el auto hasta el patio (que los domingos estaba siempre solitario) en el que había un tosco garage parapetado con madera podrida y oxidadas hojas de zinc. Servía apenas para evitarle al carro las inclemencias del sol y de la lluvia. El negro Joe, encargado de cuidarlo, le lavaba el vehículo. Se lo **simuni-zaba** que parecía un espejo. Joe reparaba llantas y hasta sabía vulcanizarlas. Fue Joe precisamente quien le pasó a Marino el dato del pisito amueblado. Vivía en él una gringa con su hija de trece años. Iba a viajar a los Estados Unidos a internarla en un colegio de monjas. La niña era traviesa. Se pasaba todas las horas libres correteando descalza con los negritos de la calle y, por supuesto, jamás cumplía adecuadamente con sus deberes escolares. A la gringa no le agradaba su camaradería con los chombitos del

barrio. El único remedio fue encerrarla en el baño para obligarla a cumplir con sus tareas mientras ella salía a hacer diligencias. Con todo y eso la niña se fugaba. Joe tuvo que poner en el baño un nuevo tipo de cerradura que requería la llave para abrirlo o cerrarlo desde adentro o por fuera. Para mortificar a la madre, muchas veces la niña se encerró en el retrete y echó la llave por la pequeña ventanita que daba al patio. Joe se veía obligado a subirse en el endeble techo del garage con peligro de que se desplomara. Hasta poco antes de irse a los Estados Unidos, la gringa siempre encerró a la chica en el retrete sobre todo porque, debido a la llegada de diversas fragatas había gran auge de marines borrachos por la ciudad y se sabía que eran capaces de violar niñas. La gringa iba a quedarse en Atlanta varios meses. Marino alquiló el piso amueblado por una suma razonable. Era allí donde se daba las grandes encueradas con la Nori. Claro que Talavera no merecía esa infamia. Fue Celmiro quien sugirió mi nombre como Ministro de Fomento. Antes, también me había incluido en la nómina presidencial, y ahora soy nada menos que Primer Designado a la Presidencia de la República. Supongamos que (como yo lo espero desde hace varios meses) le da de pronto un patatús al Jefe, ¿quién quedaría de Presidente? Marino Olaya. (Cierta insípida droga produciría la muerte camuflada bajo el matiz de **angina pectoris**.) Entonces iban a ver lo bueno. Pondría a bailar la titirinana hasta al mismo Celmiro Talavera. Por lo pronto no era cuestión de adelantarse a repicar duro. Celmiro era hombre poderoso en el régimen y, además, temerario, ladrón y aun capaz de asesinar a mansalva y quedar impune. Por tal razón y aun por tedio, Marino Olaya había resuelto ponerle coto a su arriesgada aventura con la Nori, sobre todo porque en la recepción que él me ofreció en su propia casa brindó conmigo en íntimo consorcio y en gesto confidencial me dijo: Eres el hombre que yo necesitaba, cínico y sin escrúpulos. Ya verás cómo van a caernos los billetes de Banco. Realizaremos grandes y estupendos negociados. Tengo entre manos el asunto de unos ferrocarriles que, bueno, ni para qué te digo. Será una mina. Ya verás. ¿Otra copa? Quien me indicó tu nombre fue mi esposa. Sí, la Nori. ¿Conoces a Norina? Ven, voy a presentártela. Ah, me olvidaba. Ya sé que la conoces. Qué torpe soy.

Fue la misma Norina quien me llamó una tarde por teléfono. Me hizo creer que era para una cita con Celmiro quien deseaba entrevistarse conmigo en su misma casa para el asunto de las locomotoras. Llegué. ¿Y Celmiro? No estaba. Me di cuenta enseguida de que todo había sido una añagaza. No había criados. Estaba ella solita. Copas van copas vienen. Entre sus senos palpitantes y deliciosos besos a tutiplén, el asunto de las locomotoras

marchó a todo vapor. **All aboard.** Pasajeros, al tren. Y, ya embarcado, qué vértigo, qué viaje, qué vorágine.

A Marino, después le entró terror. Si el doctor Talavera se enteraba se vengaría de modo cruel. El asunto de las locomotoras podría descarrilarse llevándose de paso el Ministerio y otras mil canongías. Talavera, que era hábil, sería capaz de echarle encima toda la culpa del desgreño fiscal y, desde luego, no quedaría contento hasta meterlo en chirona.

Por eso había resuelto terminar su adulterio con la Nori, sobre todo porque la Nena ya había olido el tocino y estaba celosísima. La pobre ya me estará esperando, impaciente para viajar a la isla a inaugurar el monumento a Pizarro.

En ese instante se oyó un timbre violento. Sonaron varios golpes.

¡La puerta!

La voz crispante de la Nena gritaba afuera.

—¡Marino ¿Estás ahí?

Culpables y sin hojas de parra, saltaron de la cama.

—¡Malhaya sea! ¡La Nena! Tengo que abrirle. ¡Pronto! No hay tiempo de vestirse. Mejor, escóndete, tal como estás, en el retrete. Entra ahí ligero. Yo te encierro con llave.

—¿En ese inmundo retrete? Está dañado. Hiede a la puta madre.

—¡Entra, no jodas, y no olvides tu ropa!

La hizo entrar a la fuerza. Cerró con llave.

La Nena hacía tal bulla dando voces y golpeando la puerta que él apenas logró ajustarse (¡rápido!) una toalla a la cintura. En el momento de decidirse a abrir la puerta se acordó que en la mano tenía la llave y la escondió presionándola entre su panza y la toalla.

La Nena penetró como un rayo.

—¿Qué facha es ésta?

—Tú sabes que me encanta dormir desnudo, al fresco. En nuestra casa no puedo hacerlo por consideración a Carolín que, como tú bien sabes, es precoz. Se la pasa aguaitándome cuando estoy desvestiéndome.

—Mi niña es inocente e ingenua. No la insultes. El sátiro eres tú.

Mientras hablaba no se quedaba quieta. Su cuerpo gordiflón, sudoroso, se desplazaba de un lado a otro registrando todos los sitios de la suite.

—¿Quién está en el retrete?

—Ya sabes que la gringa, al marcharse, guardó allí sus maletas y no sé cuántos chécheres. Por eso no me dejó la llave. A mí me basta el **watercloset** de la servidumbre.

Mofletuda y sonriente, la Nena dio señales de quedar convencida.

—No te olvides que dentro de un momento tenemos que embarcarnos para la isla. Te espera el monumento a Pizarro. No te demores. Sé que la lancha no se irá sin nosotros porque es expresa; pero vine a buscarte porque es muy importante que esta vez no defraudes a la gente de tu isla. Con la inauguración del monumento ya los has engañado varias veces.

Aunque estaba desnudo, lo hizo bajar con ella varios tramos de la escalera. Por fortuna no había ningún vecino en el pasillo. La brisa era tan fuerte que Marino tuvo que sostenerse la toalla para evitar que si por mala fortuna se desprendía diera lugar a que también cayera la llave con peligro de que la Nena se enterase, pero ella al fin se fue, gracias a Dios.

En el instante en que Marino iba a entrar, una violenta ráfaga de viento cerró la puerta dejándolo por fuera, tal como estaba, en cueros. ¡Qué vaina! Ya veía los periódicos con grandes titulares SU EXCELENCIA MARINO EN PELOTILLAS. La empujó. La golpeó. Era puerta maciza con cerradura Yale. Menos mal que, afortunadamente, por ser domingo, los vecinos estarían en la playa o durmiendo. De todos modos, estaba allí desnudo tratando de pensar, de concentrarse, de buscar un remedio. Pero, qué va, carajo. Por más que daba golpes y empujaba, la puerta no cedía. Recordó que en sus tiempos de caprichosa infancia San Antonio le hacía muchos milagros como esa vez que, gracias al bondadoso santo, reapareció como por arte de magia la corbata de su primera comunión. La fe quebranta piedras, pensó, tal vez el santo quiera abrirme la puerta. Devotamente solicitó el milagro:

—San Antonio, por lo que tú más quieras, sálvame de esta vaina.

De lo alto oyó una voz angelical como del cielo que le dijo:

—Bendito seas, Marino.

Sintió un escalofrío. Tuvo la sensación de que, de pronto, la puerta iba a ceder; pero el prodigio no se verificó y oyó de nuevo la vocecita angelical:

—Ten fe, Marino mío. Persevera.

Oteó hacía varios lados sin ver a nadie.

—¡Mira hacia arriba, coño! ¡Qué idiota eres!

Era la Nori que afortunadamente había logrado asomarse al tragaluz del retrete.

—Sácame rápido, que me estoy asfixiando.

—La puerta se ha cerrado. No puedo entrar.

—¿Me crees tan zonza que no me haya enterado? La única solución es que me pases la llave. Sólo de esa manera podría salirme de esta cloaca y abrirte, pero te recomiendo tener cuidado. Fíjate que es muy alto. Puedes caerte al techo del garage. Ten la llave en los dientes. Camina con cautela por la cornisa. Ya sé que es muy angosta, pero apoya ambas manos en esa moldurita de arriba. ¡Muy bien! ¡Así! ¡Cuidado!

Marino ejecutaba las prudentes indicaciones de la Nori y, con la llave en la boca, iba avanzando, pero de pronto, diablos, miró hacia abajo, se dio cuenta de la altura en que estaba e imaginó, el porrazo. Para colmo de males la tensión de sus músculos le impedía presionar debidamente la toalla y el viento del carajo al alzársela le dejaba al descubierto las nalgas y fue en ese momento cuando al oír la risa del antillano la toalla se soltó. Quiso agarrarla para que el negro no lo viera desnudo pero ¡ay mi madre! perdió el sostén, se vino abajo y oyó el gran alarido de la Nori poco antes del soberano mameyazo.

Alarmados por el estruendo y los chillidos, varios vecinos se asomaron.

La Nori, enloquecida, seguía gritando:

—¡Marino! ¡Marino!

De todas partes comenzaron a aparecer curiosos y de un balcón vecino una fulana trataba de explicar:

—Es un marino borracho. Se ha caído en el techo. Está desnudo.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —seguía gritando arriba la Nori.

—¿Qué le sucede a aquella loca?

—Que suba alguien a hacerla callar.

Se oyó de pronto el campanileo y sirenas anunciadoras de ambulancias, patrullas y bomberos.

Pusieron escaleras. Subieron varios.

La techumbre del enclenque garage se vino abajo con gran estruendo. Los fotógrafos querían tomar las fotos del marino borracho; pero al reconocer a Su Excelencia, la policía se opuso.

Otros bomberos salvaron a la Venus y al ver que era la esposa de Talavera...

—¡Carajo! ¡Punto en boca!

Norma se escabulló discretamente.

Con gran estruendo se alejó la ambulancia llevando, envuelto en sábanas, a Marino inconsciente.

IX

Rivalidad entre Felipe y un macho cabrío

Fue el Reverendo Padre Amado quien le dio al Ñopo la receta para la tesis de la señora Fina, asegurándole que en ciertos pueblos castellanos los labriegos logran curar a sus enfermos haciéndoles beber leche de cabra. Faustina aseveraba que los brujos haitianos le conceden al chivo cierto don carismático. En los ritos vudú siempre el macho cabrío se alza en dos patas, fuma y hace mil caranvainas. Don Plácido Ladera dijo que eso nada tenía que ver con el poder curativo de la leche, que sin lugar a dudas, debe vigorizar al paciente. Otros médicos mejoran a los tísicos haciéndolos beber diariamente purgantes de sal de Epsom, remedio que fue considerado inaceptable. Más nutritiva y útil podía ser la terapia caproláctea recomendada por el cura.

—Lo grave del asunto es que Delfina siente asco por la leche, mucho más si es de cabra —dijo María Adelaida.

—Coño, si no la bebe, no se cura. No quiero que me acusen de que Fina se muere por mi culpa. No soy tacaño como dicen. Si quieren cabras, las habrá, y de las buenas, con las tetas bien grandes para que den bastante leche. Ya veremos la forma de que Delfina se harte aunque vomite.

Cuando el Ñopo se encaprichaba en algo lo cumplía a rajatabla.

Se armó en la playa una algarabía de los infiernos cuando desembarcaron las dos cabras y el soberbio macho cabrío de barba rala y enormes cuernos retorcidos. La muchachada acompañó a Felipe y lo ayudó a conducir las tres bestias al traspatio de la casona.

Como ya lo esperaban, la señora Delfina no la pudo beber.

—Su olor me desagrada. No la paso. No puedo soportarla.

Se la dieron a beber combinada de distintas maneras. Con siropes de rosa, de frambuesa y vainilla. Era inútil.

¿Y qué tal en cuajada o requesón?

—La vomita.

—¿Y en helados?

—Lo mismo.

—De todos modos, coño, debe beberla, porque para eso son las cabras del carajo y me costaron bien caras.

Ya no hubo fuerza humana que le sacara al Ñopo de la cabeza su fe puesta en las cabras. Sin embargo, como de todos modos comenzó a darse cuenta del fracaso pues la señora Fina seguía mal...

—Ni de a vaina que me doy por vencido. De estas cabras tan caras puedo hacer una cría. Sus buenas ubres nos darán leche en pila. Nada es más nutritivo para los niños. Puede venderse en latas, en requesón, en crema. No hay mejor alimento para las grávidas.

Casi al amanecer, antes de misa, Felipe conducía a las tres bestias al llanito que subía por la loma de Barlovento bien distante del pueblo. Las ataba dejándoles buen cabo para que, casi en libertad, pastaran, triscaran y se refocilaran. Se iba a la escuela o a hacer sus diligencias y regresaba cuando el bochorno meridiano sofocaba a las cabras y sobre todo al macho cabrío. Muy cerca de ese sitio corría, bajo la sombra de corpulentos árboles de mamey, una quebrada apacible. Las bestias bebían agua y reposaban sobre la tierra fresca. Tras darse una atracada de mangos y mamey, Pipe se echaba y, arrullado por la brisa y el canto de los pájaros, dormía una buena siesta, pero esa vez, a causa del verano y los ardores de su temprana adolescencia, Felipe no conciliaba el sueño. Fastidiado, se espantaba las moscas. La sangre hervía en sus venas y ni un soplo de brisa refrescaba la hora caliginosa. De pronto, el chivo, más rijoso que nunca, montó a una de las cabras. Y, ¿para qué fue aquello? Felipe sintió en todo su cuerpo como una ola de fuego. Cogió a la cabra del ronzal, sé la llevo a un lugar oculto entre hojarascas y la gozó a su gusto. Desde entonces se disputó las cabras con el macho cabrío, que muchas veces estuvo a punto de cornearlo.

Mutuamente se odiaban y esa violencia entre rivales tuvo un final melodramático.

De los hijos del Ñopo, Betín fue siempre el consentido porque tenía dos cosas a su favor y era, coño, que el puñetero niño, como el Ñopo decía, no solamente tenía la gran prerrogativa de ser su hijo varón sino que aun, para acabar de joder, era el menor y parecía un angelito con esos bucles rubios que atestiguan mi buena casta, coño.

En una bella estampa que el padre Amado le regaló a Betín veíase a un niño montado en un carrito tirado por un chivo y el ángel de la guarda custodiaba la escena con sus enormes alas. Betín, encaprichado con la estampa, quiso jugar el mismo juego.

—No hace otra cosa que joderme —decía el Ñopo.

Ganó Betín.

Vuelto de un viaje a la ciudad, el Ñopo trajo consigo, con las mayores precauciones, una carreta tica de tamaño adecuado para que el chivo, debidamente enjaezado, tirara de ella.

Pintada con vivo esmalte laca de vistosos colores, la carretita más bien daba el aspecto de un artilugio meramente turístico. Sólo al gallego se le podía ocurrir la absurda idea de exponer al mocoso a tal peligro.

Con sus arreos lujosos quedó pintiparado el prepotente macho cabrío. Entre Felipe y el gallego lo uncieron al carruaje. Ya estaba listo.

—Monta, Bétín.

—Ñopo, cuidado dijo Chinino Olaya—. Fíjate que está arisco. Hay que enseñarlo. No puedes arriesgar al chiquillo.

—Quiero que sea valiente.

—No seas terco. Mejor es adiestrarlo primero. De lo contrario, puede ocurrir una desgracia.

—Bueno, Chompipe, monta tú. No importa que seas grande. Trata de acomodarte en la carreta. Procura ir lentamente. No le des con el látigo. Dale la vuelta al pueblo con toda parsimonia. Te vamos a esperar aquí en la plaza. Ten cuidado al bajar hacia la rampa porque es una pendiente muy inclinada. Si ves que el chivo se encabrita, mejor salta.

Sentado en la carreta, Chompipe se sintió un reyezuelo con poderes omnímodos y por tal lo tomaron y enviaron los muchachos que siguieron tras él vociferando.

Reacio al principio, el chivo se decidió a avanzar y, aunque de modo negligente movía de un lado a otro la cabeza enjaezada y hacía sonar los cascabeles, fue caminando lentamente acompañado por la ensordecedora vocinglería de los chiquillos.

Al pasar por la iglesia y darse cuenta de que allí se iniciaba el declive hacia la rampa, la bestia se detuvo como dudando o presintiendo algo inevitable.

Fue en ese instante cuando el Fulo Cañango, al improviso, logró quitarle el látigo a Felipe y, dando gritos, comenzó a vapulear al pobre chivo. Los muchachos corearon la alharaca.

Se oyó la voz del Ñopo, que gritaba corriendo.

—¡Deténganse! ¡Cuidado! ¡Se va a desbarrancar!

Era ya tarde. Enloquecido por los trallazos y la bulla, el chivo se lanzó cuesta abajo. Como un loco aluvión, él y el vehículo fueron cogiendo impulso hasta estrellarse contra los muros de la rampa. Los muchachos quedaron consternados. El chivo, haciendo esfuerzos, pudo alzarse; pero Felipe, sin sentido, parecía muerto.

Corriendo como un endemoniado, al fin el Ñopo pudo llegar al sitio del desastre. Lanzaba palabrotas ¡rediez, me cago en Dios! Os lo dije. Os lo dije. ¡No sabéis hacer caso! La carreta quedó vuelta piltrafas, ¡Coño, ya sólo sirve para echarla al granero! ¡Maldito seas, vergajo! ¿No te dije que no le dieras látigo? Ya verás lo que es bueno.

Después de tal hazaña, la carreta le erizaba todo el cuerpo a Felipe. Sin uno de sus cuernos, el majestuoso macho cabrío perdió algo de su esbelto prestigio. Sin embargo, no tuvo más rivales con respecto a las cabras, pues Felipe, dedicado a mejores menesteres, ya no le quiso hacer la competencia.

X

La imitación de Lot

Goyo Gancho procuraba animarse pensando que su progenitor lo sometía a experiencias fuertes para enseñarle a ser valiente pero, en verdad, las boas y los caimanes le causaban pavor porque imperaban en un mundo que era para él desconocido. Por eso prefería, sin duda alguna, las peripecias en el mar. Sentíase a gusto cuando, desde la proa de una panga, su vista atravesaba las transparentes aguas buscando meros. Sabía que su destreza a ese respecto se la debía al papá. Gracias a ello llegó a ser el mejor tirador de arpón de la isla.

—Fue más tarde cuando, de modo brusco, se hizo la luz en mi cerebro. Las intenciones de mi tata con Débora no eran del todo santas sino más bien impúdicas. Resolvió separarnos llevándome consigo para evitar competidores. Simulando moralidad, quiso oponerse a la coyunda sexual entre ella y yo, pero lo hacía sencillamente para dar tiempo al tiempo esperando que el fruto madurase para él hincarle el diente. Afortunadamente el estallido de la guerra civil cambió de cuajo los planes de mi tata. Debido a que el clapé era propiedad del Gobierno, debía estar al servicio de los conservadores manteniéndose anclado en la ciudad capital listo a zarpar en delicadas misiones oficiales conduciendo la valija postal o, a su regreso, trayendo heridos graves. Como mi tata y sus caucanos eran del bando liberal, aprovechaban esos viajes para comunicarles a las fuerzas insurgentes los movimientos y estrategias del enemigo. La vigilancia se fue tornando tan estricta que mi tata y sus cómplices jamás lograban hacer escala en la isla, pues los tenían fichados y temían ser encarcelados. Mi tata había resuelto escaparse. Demasiado hábil había sido durante esos tres años de combates y de horrendas matanzas de las cuales nos llegaban a la isla las rachas, los lamentos, las noticias que Plácido Ladera nos refería. Por él sabíamos que la guerra estaba a punto de terminarse. Fue en una de

esas noches cuando llegó mi tata de sorpresa. Con él sólo iban Bolo Cuchiye y Gago Pinto. Se les veía nerviosos. Seguramente habían zarpado de incógnitos. Los tres se dieron a trasegar cervezas. Yo les servía presa del pánico pues, conociendo las jumas de mi tata, sabía que al enterarse de que mis relaciones con Débora no eran del todo ingenuas se iba a volver un energúmeno. Durante esos tres años de guerra Débora y yo, sin ser muy niños, seguíamos acostándonos juntos. Ella insistía, noche tras noche, en su sádica manía de atormentarme. Cuatro o tres meses antes de la brusca llegada de mi tata, las relaciones entre ella y yo habían sido de carácter más íntimo por pura carambola.

La gran pasión de Débora era el maestro. Hijo único de Plácido Ladera, Néstor era hombre de indiscutible moralidad y de intachables costumbres. Debido a su conducta ejemplar lo habían nombrado Director de la escuela. La única falla que le encontraban Malala y Papa Chente eran sus ideas anarquistas y el disgusto que les produjo su enlace sorpresivo con la maestra María Isabel. Siendo primos hermanos no se debían haber casado, mucho menos sin la venia eclesiástica. Al enterarse Débora, desilusionada, se echó a gemir sobre la cama y esa noche, sencillamente por despecho, dejó que Goyo la poseyera. Ambos siguieron entregándose al goce de la carne tal vez sin que la abuela lo notara; él, auténticamente enamorado; ella, casi de modo vengativo, pensando siempre en Néstor.

Mientras el barco seguía su marcha, ambos amigos libaban en el estrecho camarote del capitán. Beto Cárcamo trataba de impedir que Goyo Gancho bebiera demasiado pero se daba cuenta de que el otro deseaba desahogarse.

—Por aquello de que tanto va el cántaro a la fuente, Débora quedó encinta. Ya era tan evidente su barriga que ella, al conducir las cervezas, procuraba disimularla cubriéndosela con la bandeja, pero yo presentía que el viejo se daría cuenta. Para colmo de males Bolo Cuchiye y Gago Pinto ya lo habían intuido y a escondidas del viejo, me hacían señas de confabulación, pues mi tata los trataba tan mal que ellos, en realidad, no lo estimaban y hasta solían bromear a costa suya. Mi Nana disimulaba su temor, lavando vasos al lado mío en el bar. La risa sin aparente causa de ambos caucanos puso alerta a mi tata. Entre arrecho y curioso, miraba con insistencia a Débora la cual sin duda alguna estaba hermosa y era ya toda una hembra. De repente le quitó la bandeja. Bolo Cuchiye y Gago Pinto congelaron su risa. Mi tata estuvo a punto de estallar y me miró encojonado. Yo estaba listo a huir cuando entraron, procedentes del muelle, varios hombres armados. Los guiaba un capitán de milicia. Eran godos. Mi tata